

Brian Heasley

Quédate quieto

Una guía práctica y sencilla
para tu tiempo devocional

 ORACIÓN 24-7

«No hay mejor regalo que se pueda dar a otra persona que enseñarle a conocer a Dios y ser conocido por él. En *Quédate quieto*, Brian Heasley nos ofrece ese regalo. Brian es un hombre que se sienta a los pies de Jesús, y en estas páginas, tú también querrás sentarte allí junto a él».

TYLER STATON

Director nacional de *Oración 24-7 EE. UU.*

«Este libro describe la dirección que me gustaría tomar en mi vida de oración. El autor nos recuerda que no hay una sola manera de orar, sino muchas, y que podemos escuchar nuestra propia mente y corazón para discernir cuál es la mejor para nosotros en este momento. Como ya estoy en la tercera edad, aprecié mucho su recordatorio de que Dios nos sorprende con cosas nuevas en cada etapa de la vida. ¡Es tan cierto!».

ALICE FRYLING

Directora espiritual y autora de *Aging Faithfully: The Holy Invitation of Growing Older* (Envejecer fielmente: La santa invitación a envejecer)

«Un marco práctico y de vital importancia para enriquecer esta disciplina diaria».

MARK SAYERS

Autor de *A Non-Anxious Presence: How a Changing and Complex World Will Create a Remnant of Renewed Christian Leaders* (Una presencia sin ansiedad: Cómo un mundo cambiante y complejo creará un remanente de líderes cristianos renovados)

«Ya sea que tengas experiencia en el hábito diario del “tiempo devocional” con Dios, o estés recién comenzando o buscando un refrigerio, te recomiendo este hermoso libro de todo corazón. Esta guía ingeniosa, vulnerable, totalmente práctica, rica y creativa ayudará a todo buscador genuino de Dios».

REVERENDA SOPHIE JELLEY

Obispa de Doncaster

Quédate quieto

Brian Heasley

Quédate quieto

Una guía práctica y sencilla
para tu tiempo devocional

 **ORACIÓN 24-7**

NavPress 

Publicado en alianza con Tyndale House Publishers

Quédate quieto: Una guía práctica y sencilla para tu tiempo devocional

© 2025 por 24-7. Todos los derechos reservados.

Un recurso de NavPress publicado por Tyndale House Publishers

Originally published in the U.S.A. under the title *Be Still* by Brian Heasley. Copyright © 2021 by 24-7. Spanish edition © 2025 by Tyndale House Publishers, with permission of NavPress. All rights reserved.

Originalmente publicado en inglés en EE. UU. bajo el título *Be Still* por Brian Heasley. © 2021 por 24-7. Edición en español © 2025 por Tyndale House Publishers, con permiso de NavPress. Todos los derechos reservados.

NavPress es una marca registrada de NavPress, Los Navegantes, Colorado Springs, CO. El logotipo de NavPress es una marca de NavPress, Los Navegantes, Colorado Springs, CO. Tyndale es una marca registrada de Tyndale House Ministries. La ausencia del símbolo ® con relación a las marcas de NavPress u otras partes no indica ausencia de registro de esas marcas.

Traducción al español: Katherine Collie para Adriana Powell Traducciones

Edición en español: María Sol Romera para Adriana Powell Traducciones

Las citas bíblicas sin otra indicación han sido tomadas de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © 2010 Tyndale House Foundation. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados. Las citas bíblicas indicadas con LBLA han sido tomadas de La Biblia de las Américas® © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usada con permiso. www.LBLA.com. Las citas bíblicas indicadas con NVI han sido tomadas de la Santa Biblia, *Nueva Versión Internacional*,® NVI.® © 1999, 2015, 2022 por Biblica, Inc.® Usada con permiso. Todos los derechos reservados mundialmente. Las citas bíblicas indicadas con PDT han sido tomadas de La Palabra de Dios para Todos® © 2005, 2008, 2012, 2015 por Bible League International. Usada con permiso. Las citas bíblicas indicadas con RVR60 han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960® © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Usada con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de las Sociedades Bíblicas Unidas y puede ser usada solo bajo licencia. La cita bíblica indicada con BLPH ha sido tomadas de la versión La Palabra, (versión hispanoamericana) © 2010 Texto y Edición, Sociedad Bíblica de España.

Algunas de las historias anecdóticas de este libro son de la vida real y se incluyen con el permiso de las personas involucradas. Todas las demás ilustraciones son una combinación de situaciones reales y cualquier parecido con personas vivas o fallecidas es pura coincidencia.

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacte a Tyndale House Publishers a través de espanol@tyndale.com.

ISBN 979-8-4005-0580-5

Impreso en Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

31	30	29	28	27	26	25
7	6	5	4	3	2	1

Contenido

Prólogo de Pete Greig, Oración 24-7xi

Introducción 1

Capítulo 1 Encuentro..... 9

Capítulo 2 La distracción..... 25

Capítulo 3 Las Escrituras.....43

Capítulo 4 Memorizar y meditar..... 55

Capítulo 5 Usar un diario 67

Capítulo 6 Imaginación..... 81

Capítulo 7 Maravillarse.....91

Capítulo 8 Perseverancia..... 107

Capítulo 9 Sencillez..... 123

Capítulo 10 Lugar oculto..... 137

Capítulo 11 Generosidad..... 147

Capítulo 12 Misión y justicia 159

Capítulo 13 Profundidad..... 173

Capítulo 14 Temporadas 187

Agradecimientos 199

Bibliografía..... 201

Notas 205

Prólogo

Pete Greig, Oración 24-7

Nunca cambiarás tu vida hasta que cambies algo que haces todos los días. El secreto de tu éxito se encuentra en tu rutina diaria.

JOHN MAXWELL

CREO QUE ESTE LIBRO va a ser de enorme importancia en tu vida por dos razones: primero, te *inspirará* a cultivar un encuentro diario más profundo con Dios. Segundo, te *capacitará* de forma sencilla y práctica para hacerlo. Si John Maxwell tiene algo de razón y nuestros destinos e identidades en realidad están determinados por los detalles de nuestras rutinas diarias, nada podría ser más transformador que el hábito sagrado de un tiempo devocional diario. De veras, podría ser tan importante como eso.

Brian Heasley y yo somos amigos íntimos. Hemos viajado juntos por el mundo y pasamos la mayor parte de nuestra vida adulta sirviendo al Señor lado a lado. Nos reímos mucho, discutimos, nos disculpamos, nos embarcamos en aventuras, lloramos, y por supuesto, oramos juntos. Relaté parte de la asombrosa historia de Brian en un libro llamado *Dirty Glory* (Gloria sucia), pero en este libro, él comparte el verdadero secreto de su vida, la clave de su ministerio, el corazón y el alma de su fe. Lo mejor de todo es que nos enseña cómo hacer lo mismo.

Unas semanas atrás, me hospedé en la casa de Brian y vi la silla descrita en este libro, que es su lugar de encuentro diario con el Señor. Él suele despertarse antes que yo, por lo que a menudo bajo de mi alcoba por la mañana, dondequiera que estemos: en la isla mediterránea de Ibiza, en lo alto de las Montañas Rocosas, incluso en el Castillo de Windsor, y encuentro a Brian sentado tranquilamente con su Biblia y una taza de café, pasando tiempo a solas con su Señor. A veces me llama durante el día desde lejos para preguntarme sobre algún detalle de mi vida, o para compartirme algo que ha sentido de parte del Señor, y yo sé que es porque ese día ha estado orando por mí. De vez en cuando, le he pedido sin previo aviso que comparta una reflexión devocional en una reunión de personal o en un retiro de líderes, y Brian siempre, sin falta, tiene algo revelador que decir, de seguro extraído de su tiempo devocional de esa mañana.

Henri Nouwen, el sacerdote holandés que intercambió cátedras en Harvard y Yale para vivir dentro de una comunidad de adultos con discapacidades mentales, escribió:

De hecho, tenemos que crear nuestro propio desierto al cual podamos retirarnos cada día, despojarnos de nuestras compulsiones y morar en la tierna y sanadora presencia de nuestro Señor. Sin un desierto así, perderemos nuestra alma aun mientras prediquemos el evangelio a otros, pero si tenemos esa morada espiritual, nos amoldaremos cada vez más a aquel en cuyo nombre ministramos¹.

Brian es alguien que aprendió a «crear [su] propio desierto», y es en ese espacio que se ha amoldado cada día un poco más a la semejanza de Jesús. Una de las cosas que más aprecio de este libro es que no tiene ningún indicio de legalismo o culpa. Me sentí entusiasmado por el ejemplo de Brian y equipado por sus ideas, sin ninguna insinuación del pesado *debería*; solo un atractivo *podría*.

Aun así, mi entusiasmo por la publicación de este libro, en primer lugar, viene combinado con el gran asombro de que fuera necesario escribirlo. Pregúntale a cualquiera de los grandes héroes de la fe (no solo a los famosos, sino también a los discretos y humildes que tal vez conozcas personalmente), y pronto descubrirás que la clave de su fe es el tiempo que pasan a diario con el Señor en oración y reflexión bíblica. El tiempo devocional es esencial para tener una verdadera relación con Jesús. Aun así, las investigaciones revelan que, trágicamente, esta práctica fundamental está en declive, en especial entre los jóvenes, incluso en una época en la que la Biblia es más accesible que nunca.

Eso despierta algo dentro de mí que dice: «¡No bajo nuestra vigilancia! ¡No dejaremos que muera el tiempo devocional! Estamos llamados a hacer discípulos de Jesús: no meros congregantes en la iglesia capaces de cantar canciones y recitar credos sin cruzarse los dedos, sino una generación que en verdad sepa cómo andar y hablar con el Señor en intimidad y cómo ser moldeados por su Palabra a diario».

Resulta desconcertante que, aunque haya muchos materiales devocionales disponibles, hay muy pocos recursos que

efectivamente enseñen de forma práctica a los nuevos cristianos (y a los que ya tienen mucho recorrido) cómo tener un tiempo devocional. Tal vez sea, si tomo la postura más benigna, porque el tiempo devocional es algo tan privado que los líderes rehúyen exponer a los demás a su espacio íntimo con el Señor. Sea cual fuere la razón, estoy muy contento de que Brian se dispuso a abrirnos su corazón, recopilando sus propios conocimientos, obtenidos con gran esfuerzo durante décadas de tiempo devocional cotidiano, para enseñarnos de manera tan poderosa y práctica a través de este libro.

Entonces, ¡sí! Creo que este podría ser uno de los libros más importantes que leerás este año. Mi sincero ruego en oración es que te ayude, en medio de las muchas distracciones y distorsiones de la vida, a crear tu propio desierto y cultivar la maravillosa disciplina de hacer una pausa diaria para simplemente: quedarte quieto.



Pete Greig
Oración 24-7 y la Iglesia Emmaus Rd

Introducción

A LO LARGO de los años, he aprendido que mi relación con Jesús no consiste tanto en esforzarme más o subir de nivel, sino más bien en un proceso en el que me invitan a ir más profundo. Soy cristiano desde que tenía cinco años y hace poco cumplí cincuenta. Son cuarenta y cinco años de viajar a través de las estaciones con Jesús en la aventura más grandiosa que jamás he conocido. He descubierto en el camino que la mayor parte de nuestra vida es improvisada: rara vez sale todo ordenado o lineal como nos gustaría que fuera.

Mi vida comenzó bien en Belfast, Irlanda del Norte. Vengo de una gran familia, con padres dedicados a servir a Dios. Esa dedicación los condujo a Inglaterra para liderar una pequeña iglesia en Essex cuando yo tenía ocho años. Por desgracia, mi madre falleció de cáncer de ovario cuando yo tenía once, lo cual fue un momento doloroso y decisivo para nuestra familia. Mi fe sufrió un golpe fuerte: mientras luchaba con mi dolor, también luchaba en mi relación con Dios.

Durante muchos años, pensé que estaba en una especie de batalla entre la fe y la duda, pero he llegado a entender que

no era ninguna batalla. Yo tenía fe y también tenía dudas. Necesitaba aprender a vivir con ambas, pero podía elegir cuál alimentar y cultivar.

Durante mucho tiempo, no alimenté mi fe, lo que a su vez hizo que no tuviera raíces profundas. Esto generó cierta insatisfacción con mi vida, allí brotó la duda como una maleza indómita, y comencé a luchar para funcionar como cristiano en verdad. Viví con este dualismo durante toda mi adolescencia, luchando con quién quería ser, con quién me imaginaba que los demás querían que fuera y con mi propia comprensión de quién quería Dios que fuera. Experimenté increíbles altibajos en mi vida espiritual. Podía pasar de responder a un llamado al altar en la reunión matutina del domingo a fumar un cigarrillo de marihuana enorme de camino al trabajo el lunes. A mitad de semana, podía ayudar enérgicamente en el grupo de niños en la iglesia y, de camino a casa, desechar esa misma energía en una pelea callejera. Podía cantarle dulces canciones a Jesús y luego dar rienda suelta a mi imaginación en todo tipo de fantasías salvajes y pensamientos lujuriosos. Podía dar, pero quería recibir. Podía sentir amor, pero a veces actuaba con odio. Estaba lleno de contradicciones y conflictos, pero sabía cómo actuar de manera diferente en los distintos entornos en los que me encontraba y, sinceramente, creía que me salía bastante bien vivir mi doble vida.

Luego se volvió demasiado difícil sostenerla. Cuando tenía diecisiete años, se vinieron abajo todas las vidas que intentaba vivir. Mis decisiones se tornaron erráticas y muy pronto me pidieron que abandonara la universidad ¡y también mi

casa! A los dieciocho años, estaba sin techo, sin trabajo y al parecer sin opciones. Perdí pronto la confianza y me volví introvertido y retraído. Tampoco ayudó que fumara tanta marihuana. No tenía ningún plan, ningún futuro claro. Me desentendí de mí mismo y de mi vida, dando un paso atrás y dejando que la vida me sucediera en lugar de tomar cualquier forma de iniciativa a favor del cambio. Tenía una consciencia interna de Dios que dirigía mis pensamientos hacia él, pero esta no afectaba mi comportamiento externo. Cuando llegué a los veinte años, todo esto estaba a punto de cambiar.

Tras unas cuantas visitas a la prisión, la vida me hizo frente, y Dios también. Tomé una decisión consciente de entregarle el resto de mi vida a él. Eso fue hace casi treinta años; hoy no soy nada perfecto, pero he estado casado por veintinueve años, crie a dos hijos hasta la edad adulta y disfruto de una vida plena al servicio de Dios.

La oración siempre había sido parte de mi infancia, desde el cuadrado de un niño arrodillado que colgaba en la pared de nuestra habitación con las sencillas palabras «*La oración cambia las cosas*» hasta ver a mi padre levantarse temprano para orar con regularidad. Desde el momento en que entregué mi vida a Dios, la oración ha permanecido en el primer plano de mi fe. Creo de corazón que la oración —la devoción a una relación, encuentro y conversación con Dios— es la raíz de todo lo que hacemos. La presencia del Espíritu Santo, el ministerio de Jesús y el tiempo que pasamos con el Padre son lo que nos hace ser quienes somos. La vida sin rumbo cobra sentido al conectarse con Dios; esta relación crece en

comunidad, mediante el discipulado y al establecer y desarrollar una vida devocional personal.

Una de las formas clave que he buscado para establecer un ritmo de oración que me sostenga en las diversas estaciones de la vida es a través de un *tiempo devocional*. Un tiempo devocional es simplemente un momento diario que aparto específicamente para sintonizarme con Dios mediante la oración, la lectura bíblica y la reflexión. Es un tiempo en el que no solo hablo con Dios, sino que también le pido que me hable. Además, me da la oportunidad de examinar mi vida cada día para ver si en realidad estoy practicando mi fe. Es el manantial, el oasis y la fuente de mi vida como cristiano.

Para mí, esto requiere la primera hora de mi día, una silla, una Biblia, mi diario y una taza de café fuerte; pero, como veremos en este libro, el tiempo devocional no tiene por qué ser de una determinada manera. En Oración 24-7, llevamos años ayudando a crear espacios para el tiempo devocional, ¡y no siempre en los lugares más tranquilos! Desde que empezamos en 1999, hemos animado a grupos de personas a organizar «espacios de oración» para orar en ellos las veinticuatro horas, siete días a la semana. Y estos espacios ahora están dentro de edificios de iglesias, centros municipales, tiendas vacías sobre calles principales, barcos de guerra, cervecerías, prisiones, escuelas, y en hogares y palacios en dos tercios de las naciones del mundo. Suelen ser espacios creativos llenos de lucecitas y sitios para sentarse, escribir y responder, pero en realidad solo crean una cosa: una oportunidad para pasar tiempo con Dios.

La oración en estos espacios significa más que solo cerrar los ojos. Son lugares donde se puede pintar, escribir, cantar y participar de actividades que facilitan el encuentro con Dios. Aunque tengan aspectos diferentes en todo el mundo, son espacios creados intencionadamente para pasar tiempo con Dios.

La Biblia nos dice que Jesús buscaba activamente momentos y lugares para orar. Iba al desierto, a la montaña, al jardín, al templo. Su vida de oración tenía intencionalidad, una intencionalidad alimentada por el deseo de pasar tiempo con su Padre. La Biblia dice: «Quédate quieto en la presencia del Señor, y espera con paciencia a que él actúe» (Salmo 37:7), por eso el concepto de un tiempo devocional regular puede ser tan extraño para algunos de nosotros. Muchos de nosotros no somos demasiado buenos en practicar la quietud o la paciencia. ¡Yo me frustro si una página se carga lentamente en mi dispositivo! Vivimos en una cultura ajetreada y muy inmediata, pero este versículo nos llama a estar quietos y a esperar con paciencia. La idea no es que sea una obligación ardua, sino una invitación de Dios a entrar en un espacio de encuentro con él.

Una vez, unos monjes franciscanos describieron Salmo 46:10, «¡Quédense quietos y sepan que yo soy Dios!», como la puerta de entrada a la oración. Yo, en lo personal, una vez sentí que Dios me decía: *Brian, tú no te quedas quieto, ¡y a menudo intentas ser Dios!* Tal vez, como yo, tú necesites reimaginar el tiempo devocional como una puerta de entrada a un lugar de quietud donde podamos conocer al ser omnipotente, omnisciente, omnipresente, inmutable y eterno que es Dios.

Esta puerta no es estática. Creo que podemos vivir una vida en la que conozcamos y sintamos la presencia de Dios en cualquier momento y en cualquier lugar. En esta era transitoria, necesitamos una fe portátil. Quiero sentir la presencia de Dios ya sea que esté en casa, en la oficina, en el gimnasio, en una caminata, con amigos, en una fiesta o en el bar... dondequiera que esté. Y estoy convencido de que la disciplina de un tiempo devocional es clave para que esto suceda. Con los años, he desarrollado una rutina devocional. Es decir, cada mañana paso tiempo en la misma silla, pero he aprendido que la devoción que cultivo allí y la presencia de Dios que he sentido deben permanecer conmigo a lo largo del día, esté donde esté. El tiempo devocional fortalece mi fe para que no se vea sacudida por la geografía, los «me gusta» de las redes sociales, las tensiones relacionales o cualquier otro imprevisto de la vida.

Tengo en cuenta que la vida no siempre es fácil y que, de tanto en tanto, experimentamos desafíos grandes y pequeños. En medio de todo, sin embargo, podemos desarrollar una espiritualidad profunda de modo que nada nos sacuda o quebrante mientras permanezcamos estrechamente conectados con Dios.

Cada vida es diferente, y mientras lees este libro, una de las cosas más liberadoras que debes saber es que la vida de oración de cada persona también es única. Nuestra vida de oración será diferente en distintas etapas de la vida. Entre estas páginas, hay algunas ideas sencillas, preguntas que debes hacerte y diferentes puntos para reflexionar, cosas que, a lo largo de los últimos treinta años, he encontrado útiles. Espero que te

ayuden a ser intencional en la creación y desarrollo de tu propio tiempo devocional. No pretenden ser exhaustivos. Por lo tanto, recomiendo que consultes la bibliografía al final para encontrar libros más extensos que te ayudarán a profundizar en cada uno de estos temas. Lo que comparto en este libro no es a modo paternalista o condescendiente, ya sea que seas nuevo en esto o que lleves décadas practicando un tiempo devocional, espero que este libro sea una herramienta que te ayude a desarrollar y cultivar un tiempo devocional que te sostenga, dondequiera que estés y sea cual sea lo que estés atravesando.

CAPÍTULO 1

Encuentro

TODAS LAS MAÑANAS me levanto, me preparo una taza de café, tomo mi diario, mi Biblia y mis libros, y me siento en la misma silla en un rincón de mi sala de estar. Durante la primera hora de casi todas las mañanas, me acomodo en ese lugar y me encuentro con Dios. Hace varios años, escribí lo siguiente en mi diario:

Señor, quiero cultivar y recordar el momento que tengo contigo en esta silla, para poder ir allí en mi mente dondequiera que esté. Necesito poder sumergirme en el recuerdo de la silla en cualquier momento. Tengo que conservar esa consciencia de Dios a lo largo del día para

sumergirme de nuevo en ti en cualquier momento, para apoyarme en ti. El tiempo que paso en la silla me da memoria muscular para la jornada. El otro día, lo sentí en algún lugar: esta sensación matutina tan familiar... Elegí sentirla, tomar consciencia de tu presencia en ese momento en particular.

El encuentro que tengo con Dios en mi silla crea en mí una consciencia de Dios que perdura a lo largo del día. Entonces, déjame preguntarte a ti: ¿Dónde está tu silla?

La palabra *encuentro* significa «reunirse con alguien», «enfrentar a alguien» o «encontrarse». Por ejemplo, decimos cosas como: «Me encuentro con problemas en el trabajo» o leemos libros antiguos que dicen cosas como: «Nos encontraremos con el enemigo al amanecer». También tenemos encuentros con personas; he tenido algunas reuniones a lo largo de los años que no han salido bien, de las que me he ido pensando: *¿Qué encuentro más inusual!*

Cuando conocí a mi esposa, yo era nuevo en nuestra iglesia y acababa de salir de la prisión. Llegaba entusiasmado casi todos los domingos y Tracy tocaba el saxofón en el grupo de alabanza. (¡Deberíamos traer el saxofón de vuelta a la alabanza! Me encantaría escuchar unos cuantos solos de saxofón al estilo de «Bruce Springsteen» un domingo). Aunque me unía a la alabanza con toda sinceridad, me distraía lo suficiente como para poner todo el tiempo mi mejor cara de adoración y manejar una posición con la cual también pudiera llamar la atención de Tracy. Durante algunas semanas, creí que mi

estrategia estaba funcionando. Sentía la química, podía ver su curiosidad, ¡la emoción en sus ojos!, cuando me devolvía la mirada. Finalmente, me armé de valor y le pedí una cita, y, al poco tiempo, nos casamos.

Mientras salíamos juntos, descubrí que mi futura esposa era miope. ¡Ni siquiera veía más allá del escenario en el que se encontraba! Ella jamás me había mirado: yo había malinterpretado esos momentos por completo. Aun así, ¡fue un encuentro que me cambió!

Los encuentros nos cambian

Todos tenemos encuentros con personas que tienen un profundo impacto en nuestra vida: cónyuges, hijos, profesores, padres, amigos, abuelos, pastores y líderes. Los encuentros con estas personas nos cambian. Las situaciones que atravesamos, buenas o malas, también nos afectan en lo profundo: una enfermedad, un momento cercano a la muerte, un desempleo, un conflicto, una tragedia, un nuevo trabajo, el nacimiento de un hijo, un viaje, el descubrimiento de cosas nuevas.

Mi primer encuentro con Dios en definitiva me cambió. Si estás leyendo esto y eres cristiano, supongo que eso es porque en algún momento viviste un encuentro con Dios y te diste cuenta que él es real y que ha enviado a su Hijo, Jesús, para morir por ti. Tuviste un encuentro con él y recibiste la salvación. Espero que esto haya sido algo más que solo un encuentro aislado.

Aunque me encontré con Dios en ese momento de

salvación, me quedó claro que necesitaría tener encuentros regulares con él si quería mantener mi fe cristiana. La razón por la que me siento en mi silla cada mañana es porque deseo tener encuentros regulares con él.

El encuentro comenzó en un jardín

El primer encuentro regular que leemos en la Biblia es el de Dios caminando con Adán y Eva «al fresco del día» (Génesis 3:8, LBLA). Lamentablemente, nos enteramos de este encuentro cuando todo está a punto de arruinarse:

Y oyeron al SEÑOR Dios que se paseaba en el huerto al fresco del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia del SEÑOR Dios entre los árboles del huerto. Y el SEÑOR Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás?

GÉNESIS 3:8-9 (LBLA)

Ellicott escribe en *A Bible Commentary for English Readers* (Comentario bíblico para lectores ingleses) que:

Jehová se manifiesta aquí como el dueño del Paraíso, y como quien realiza allí su ejercicio diario; pues el verbo está en la conjugación reflexiva y significa «caminar por placer». El tiempo es «al aire (literalmente, *el viento*) del día», la hora en un clima cálido cuando se levanta la brisa vespertina y los hombres, levantándose de su somnolencia

del mediodía, salen a trabajar o recrearse. En esta descripción, la lección principal es que hasta entonces, el hombre había vivido en estrecha comunicación con Dios¹.

A pesar del lenguaje un poco anticuado de este comentario, la lección principal que aprendemos de este pasaje bíblico es que la humanidad originalmente vivía en estrecha comunicación con Dios. Qué hermosa imagen: Dios, el dueño de este paraíso, disfrutando de un paseo con Adán y Eva; ¡y no por única vez! Era una actividad regular, común. Cuando leo que «oyeron al SEÑOR Dios» (LBLA), creo que sintieron que se acercaba, oyeron el sonido de sus pasos. Casi puedo imaginarlos deteniéndose, esperando y escuchando, tal vez con creciente entusiasmo, aquietándose, preparándose para caminar con Dios.

Esta es una representación impactante de la intención original de Dios: personas descansadas caminando con el Dios Creador, conversando como amigos. Personas que se encuentran regularmente con Dios, personas que viven en estrecha comunicación con Él. Entonces, un día, Dios no encuentra a sus compañeros de paseo; se han escondido y Dios los llama: «¿Dónde estás?» (LBLA). Algo en mí ama el peso del inglés antiguo de la versión *King James*, donde Dios dice: «Where art thou?» (¿Dónde estás tú?). Creo que Dios sigue llamando a su pueblo, a ti y a mí: «¿Dónde estás tú?». ¿Parece probable que cuando Dios llamó: «¿Dónde estás?» a Adán y Eva en

realidad no supiera dónde estaban, que de alguna manera el Dios omnisciente los hubiera perdido?

El miedo y la vergüenza que sintieron por lo que habían hecho mal los llevó a esconderse, y puede suceder lo mismo con nosotros. Viene este pensamiento: *Si me encuentro a solas con Dios, él verá cosas en mí que yo no quiero que vea; tendré que enfrentarme con mi desconocimiento, mi pecado, mi debilidad.* Tengo miedo de que eso delate lo superficial, débil e inútil que soy para vivir esta vida cristiana. Tal vez sea mejor saltar ese encuentro personal y deba mantenerme ocupado haciendo cosas buenas, cosas de la iglesia, cosas cristianas. Iré a las reuniones de la iglesia y me encontraré con Dios entre la multitud pero, por favor, no a solas. Él va a ver dentro de mi alma y la encontrará superficial, oscura, hipócrita y débil. La vergüenza me impide tener un encuentro profundo con Dios. Algunos comentaristas dicen que Dios no estaba llamando a Adán y Eva para averiguar su ubicación física, sino para saber en qué condición se encontraban, como diríamos hoy: «¿En qué andas?». ¡A veces yo preferiría no responder a esa pregunta!

Dios nos busca. Es una búsqueda llena de gracia, colmada de bondad, porque él quiere potenciar nuestra recuperación y restauración. No tenemos por qué temer un encuentro, porque en el encuentro auténtico él nos completa. La intervención de Cristo, mediante su muerte sacrificial, anuló la separación que experimentamos a causa del pecado y la muerte. En Romanos 8:1-2 se nos imparte una asombrosa seguridad: «Por lo tanto, ya no hay condenación para los que

pertenecen a Cristo Jesús; y porque ustedes pertenecen a él, el poder del Espíritu que da vida los ha libertado del poder del pecado, que lleva a la muerte». El plan original de Dios se restablece: Dios camina y habla con las personas, sin barreras.

¿Dónde está tu jardín?

La palabra hebrea para jardín es *ganná*, que literalmente significa «un lugar cubierto o escondido». En el escenario bíblico, los jardines solían ser pequeños recintos amurallados, espacios tranquilos en los que uno podía esconderse y encontrar un momento de descanso. Puedes encontrar muchos ejemplos así en Marruecos, Túnez, o incluso en Sevilla, España. El objetivo de estos pequeños jardines era replicar el ambiente de jardines más amplios, en los que te encontrarías con caminos serpenteantes, corrientes de agua, árboles y plantas aromáticas dando sombra, lugares hermosos para sentarte, fuentes burbujeantes y el canto de pájaros. Ambos espacios serían lugares preciosos para relajarse y refrescarse en una región árida y calurosa. No sabemos exactamente qué aspecto tenía el jardín donde Adán y Eva caminaban con Dios, si era sosegado o salvaje, pero, de seguro, en ese tiempo en el que la creación de Dios era nueva y pura, debía haber sido un lugar agradable y refrescante.

La silla donde paso mi tiempo devocional es mi «jardín» metafórico, mi lugar de encuentro, y la mañana es mi momento. Me levanto temprano, y en esta etapa de la vida, alimentar y organizar a niños pequeños para comenzar el día ya no forma parte de mi rutina matutina. La ubicación

y la hora pueden ser completamente diferentes de persona a persona. Tu propio «jardín» podría ser tu coche, tu gimnasio, una salida al aire libre o incluso tu cama (algunos de estos lugares pueden necesitar un poco más esfuerzo para convertirlos en un espacio tranquilo, pero es posible). Tomarte un tiempo por la mañana es una excelente manera de empezar el día, pero quizás un momento con menos distracciones para ti sea un paseo durante la hora del almuerzo, o tal vez te sientas más capaz de concentrarte después de los ajetreos de tus quehaceres cotidianos. Lo importante es que encuentres un lugar y una hora para este encuentro cada día. Yo viajo por mi trabajo con frecuencia y, mientras estoy lejos, la hora de mi encuentro cambia y el lugar también. Sin importar cómo se vea mi agenda, sin embargo, he aprendido a identificar el momento de cada día para dedicar a un tiempo devocional. En toda época, es posible encontrar algo que funcione.

Para Jesús, el fluir de su vida y su ministerio fue de oración, reflexión y desbordado de encuentros regulares con su Padre. Haríamos bien en aprender de él.

El encuentro cuando la vida va bien

Cuando las cosas iban bien, Jesús oraba. Al principio de su Evangelio, Marcos escribe que Jesús sanó a muchos enfermos. La noticia se difundió con tanta rapidez que, mientras Jesús se alojaba en casa de la suegra de su discípulo Pedro, «el pueblo entero se juntó en la puerta» esperando encontrarse con él (Marcos 1:33). Ocurrieron muchas sanidades más y la gente de todas partes de la ciudad seguía llegando. Esto

fue al principio del ministerio de Jesús, el cual ya parecía ser muy exitoso. Cuando recuerdo mi época en el liderazgo de una iglesia, este hubiera sido mi sueño: todo el pueblo acudiendo a la puerta, buscando un encuentro con Jesús. Esto se clasificaría como un avivamiento genuino. Todo iría viento en popa; de seguro otros líderes cristianos nos visitarían para ver la obra de Dios y para poder tener la misma experiencia en sus propias ciudades.

Aunque, luego leemos: «A la mañana siguiente, antes del amanecer, Jesús se levantó y fue a un lugar aislado para orar» (Marcos 1:35). En medio de éxitos y avances, de multitudes receptivas, de personas deseosas de ser sus seguidores, ansiosas por escuchar sus palabras y por ser testigos de sus acciones, Jesús se apartó de todo esto y se retiró a un lugar solitario para pasar un tiempo devocional. No sabemos qué hizo en ese tiempo devocional, pero Marcos decide mencionarlo, por lo que parece ser algo que quiere que el lector entienda.

Los discípulos fueron a buscarlo, quizás algo desconcertados por su desaparición, y al encontrarlo exclamaron: «Todos te están buscando» (Marcos 1:37). Básicamente, decían: «Volvamos a lo nuestro. Construyamos sobre este avance, aprovechemos este momento, ¡montemos esta ola!». Está claro que Dios estaba actuando de manera extraordinaria en ese momento; no era algo que los discípulos estuvieran acostumbrados a experimentar. Podrían haber creado un centro de avivamiento; la gente hubiera viajado desde cerca y desde lejos para unirse a ellos. Desde allí, Jesús podría haber establecido su gobierno y reinado. Trabajo hecho. ¡Misión cumplida!

Jesús no regresó a la multitud que lo esperaba, sino que anunció: «Debemos seguir adelante e ir a otras ciudades, y en ellas también predicaré porque para eso he venido» (Marcos 1:38). No queda registrado si los discípulos se sintieron más confundidos o entusiasmados por esta movida inesperada. Lo único que sabemos es que Jesús salió de un espacio de oración decidido a predicar en otros lugares. Una vez, oí a un sabio predicador hablar de dos cosas que nos frenan en nuestro caminar cristiano: una es un sentido equivocado de la responsabilidad y la otra es responder a las oportunidades equivocadas. Creo que cuando visitamos el jardín, el espacio de quietud, Dios nos recuerda quiénes somos y que él está en control.

He observado que las personas son más propensas a dejar de reunirse con Dios cuando la vida es fácil que cuando la vida es dura. El encuentro puede desaparecer de la vida cuando el éxito nos aleja de priorizar un tiempo devocional. La adrenalina, las multitudes, los elogios, el estatus o el dinero pueden, con facilidad, y con toda sutileza, desviar nuestra atención de Dios, la fuente de nuestra vida y paz. Todas estas cosas estaban al alcance de Jesús en este momento de su ministerio, pero no fue lo que él eligió. Optó por retirarse a un lugar solitario. Decidió ignorar el atractivo del éxito y la distracción de la popularidad, y siguió el camino al que sabía que estaba llamado. No insinuó que el éxito fuera malo en sí mismo; más bien, no permitió que los aspectos buenos del éxito lo alejaran de su tiempo devocional.

Del mismo modo, en el Antiguo Testamento, cuando los

hijos de Israel habían viajado durante muchos años a través el inhóspito entorno del desierto y estaban finalmente a punto de entrar en una vida de reposo y prosperidad, Dios les advirtió mediante la voz de Moisés: «Cuando hayas comido en esa tierra hasta saciarte, ten cuidado de no olvidarte del Señor, quien te rescató de la esclavitud de Egipto» (Deuteronomio 6:11-12). Cuando estamos llenos y satisfechos, confiados en nuestra autosuficiencia, podemos olvidarnos de ir a nuestra silla y ser alimentados por el Señor. Necesitamos cultivar una santa determinación de ir a ese espacio de quietud incluso cuando nos encontramos con el éxito.

El encuentro cuando la vida está ocupada

Al adentrarnos más en el Evangelio de Marcos, leemos que Jesús estaba muy ocupado.

Entonces Jesús les dijo: «Vayamos solos a un lugar tranquilo para descansar un rato». Lo dijo porque había tanta gente que iba y venía que Jesús y sus apóstoles no tenían tiempo ni para comer. Así que salieron en la barca a un lugar tranquilo, donde pudieran estar a solas; pero muchos los reconocieron y los vieron salir, y gente de muchos pueblos corrió a lo largo de la orilla y llegó antes que ellos. Cuando Jesús salió de la barca, vio a la gran multitud y tuvo compasión de ellos porque eran como ovejas sin pastor. Entonces comenzó a enseñarles muchas cosas.

MARCOS 6:31-34

Es evidente que Jesús y sus discípulos lidiaban con enormes presiones y grandes exigencias de tiempo, a tal punto que les faltaba tiempo para hacer una pausa y comer adecuadamente. Cuando descuidamos nuestras necesidades físicas básicas, suele ocurrir que también descuidamos nuestras necesidades espirituales. Jesús les dijo a sus discípulos: «Vayamos solos a un lugar tranquilo». Se subieron a una barca y se dirigieron a un lugar solitario para escapar de la multitud, pero la multitud los siguió. La vida es así; la multitud nos sigue. A veces, nuestro lugar solitario se llena. Se llena con el ajetreo de la vida misma y con las distracciones, las preocupaciones y los afanes que conlleva. Al igual que la multitud, estas cosas pueden seguirnos a nuestro espacio de quietud o impedirnos entrar en él, perturbando nuestros planes bien intencionados.

La respuesta de Jesús a la multitud y a todo el bagaje que traían consigo fue de compasión. Los atendió antes de despedirlos: «Jesús insistió en que sus discípulos regresaran a la barca y comenzaran a cruzar el lago hacia Betsaida mientras él enviaba a la gente a casa. Después de despedirse de la gente, subió a las colinas para orar a solas» (Marcos 6:45-46).

A veces, quedarse quieto en un lugar solitario durante un tiempo de mucho trabajo puede requerir más esfuerzo de lo habitual. Suena extraño decir que debemos esforzarnos más para quedarnos quietos, pero en la práctica puede parecer así. Es como escalar una montaña; nos esforzamos más y subimos más alto para llegar a la cima y alcanzar un gran avance. He escalado montañas, aunque no muchas, para ser completamente sincero, y no es fácil. Requiere tiempo y energía. Pero

llegar a la cima ofrece una nueva perspectiva y una visión diferente del mundo. No sabemos qué sucedió cuando Jesús despidió a la multitud y se subió a esa montaña, pero sí sabemos que cuando bajó, ¡caminó sobre el agua!

Una de las cosas más difíciles de hacer cuando estoy muy ocupado es dedicar más tiempo de lo habitual a mi tiempo devocional. Con tantas cosas por delante que reclaman mi atención, la tentación es entrar y salir corriendo una y otra vez, pero he aprendido que mi tiempo devocional es mucho más importante cuando hay muchas cosas en mi agenda o en mi mente. En mi tiempo devocional, veo cómo el Señor viene y me equipa con una perspectiva fresca y una energía renovada.

El encuentro en tiempos de crisis

Para mí, los jardines en la Biblia representan la intimidad. En primer lugar, la intimidad que experimentaron Adán y Eva al principio mientras caminaban y hablaban con Dios. Más tarde, en otro jardín, el encuentro íntimo de Jesús con su Padre. Este relato nos vislumbra tanto el momento de mayor tumulto y angustia que vivió Jesús como la sumisión y obediencia final a su Padre. Con la consciencia de que la tortura, la cruz y la muerte eran inminentes, Jesús les dijo a sus discípulos: «Mi alma está destrozada de tanta tristeza, hasta el punto de la muerte» (Marcos 14:34). Luego, yendo un poco más lejos, cayó al suelo y oró que, si fuera posible, pasara de él aquella hora. «*Abba*, Padre —clamó—, todo es posible para ti. Te pido que quites esta copa de sufrimiento de mí. Sin embargo, quiero que se haga tu voluntad, no la mía» (Marcos 14:36, énfasis añadido).

¡Qué momento de intimidad tan poderoso en medio de una crisis tan inimaginable! Antes de la acción, vino la oración; antes del acto redentor que ofreció salvación a toda la humanidad, tuvo lugar un momento de absoluta intimidad en un jardín. Lo que se perdió en un jardín se recuperó en un jardín. En el jardín del Edén, Adán se rindió a su propia voluntad; en el jardín de Getsemaní, Jesús se rindió a la voluntad de su Padre.

Las crisis provocan en nosotros todo tipo de reacciones. Recurrimos a otras personas y hacemos lo que podemos para solucionar las cosas. Ninguna de estas dos reacciones está mal, pero cuando acudimos a Dios en un momento de crisis, recibimos fuerzas para enfrentar tanto la noche como el día. Encontramos esperanza en medio de la desesperación, consuelo en medio del dolor y, quizás, una intimidad más profunda que en cualquier otro momento: pues nos oímos a nosotros mismos, como niños, gemir «¡Padre!». Soy alguien que ha experimentado la pérdida y el duelo, y sé que estas pocas líneas son insuficientes para abordar el sufrimiento que acompaña la crisis: sé que desata una necesidad profunda que levanta muchas dudas. Para esto, recomiendo encarecidamente el libro *God on Mute* (El Dios silenciado), escrito por mi querido amigo Pete Greig.

Resumen

Cuando la vida va bien, cuando la vida está ocupada o en un tiempo de crisis, observamos que Jesús priorizaba un tiempo devocional. Estas no eran reflexiones devocionales aburridas

de un pensador etéreo, distante y monástico, dando sorbos a su té inglés. Era un tiempo devocional que cambiaba su vida y conducía a milagros, transformación, revelación y salvación... que moldeaba el destino.

Aquí dejo algunas ideas para considerar al final de este capítulo:

- ¿Dónde estás? ¿En qué andas?
- ¿Dónde está tu silla? ¿Dónde está tu jardín?
- Para ti, ¿cuál es la mejor hora para ir allí?
- ¿Necesitas cambiar la hora o el lugar de tu encuentro con Dios?

Si te resulta difícil responder a las preguntas anteriores, considera lo siguiente:

- Busca un lugar: tu coche, el gimnasio, tu dormitorio, una sala de oración, una iglesia local, tu celda en la prisión, tu sillón.
- Busca una hora: por la mañana, por la noche, por la tarde; lo que funcione mejor para ti.
- La flexibilidad te hará libre: las diferentes circunstancias y épocas requieren diferentes enfoques para tus encuentros. Toma el desafío de comenzar donde estés hoy. Ya sea que te encuentres en una temporada de éxito, muy ocupado o en desesperación, Dios vendrá a tu encuentro allí donde estés.